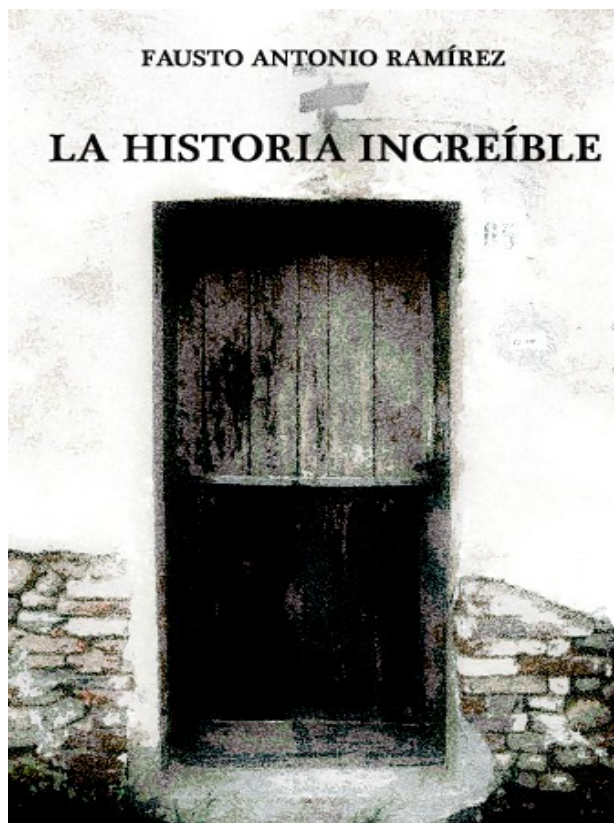


LA HISTORIA INCREÍBLE



Fausto Antonio Ramírez

Ceniciento Zamarramala llevaba viudo más de seis años cuando conoció, en todos los sentidos del término, a Maruja Casamayor, la hija bastarda de D. Jacinto Sandeogracias -el párroco de Villavieja de Alcaida- que sólo supo de quién era hija el día del bautizo de su primer vástago, que se llamaría como su padre y su madre: Ceniciento María Zamarramala Casamayor.

Aquel día iba a ser memorable en toda la comarca y, por muchos años sin término, de forma particular en el pueblo donde vivían los Zamarramala. Corrían entonces rumores de enfermedad en la casa de Ceniciento, incluso de muerte súbita no contrastada, si no hubiera sido porque el mismísimo alcalde, acompañado del médico se personó para comprobar el estado vital y de salud de aquel hombre que desde la muerte de su mujer, en extrañas condiciones, no había vuelto a poner un pie en la calle.

Matilde Gonzaga, vecina y amiga de toda la vida de su difunta mujer -Soberbia Tiramillas-, venía haciéndose cargo de Ceniciento una vez por semana para limpiar la casa, adecentar el aseo y la cocina, fundamentalmente, y dejar algo de comida hecha para los días siguientes hasta su nueva y benevolente visita.

Aquella semana, Matilde tuvo que salir a toda prisa sin rumbo específico y hasta la fecha no se había sabido más de ella. Las malas lenguas atestiguaban, desde una imaginación poco convincente y bastante hedionda, que había sido sorprendida por algunas vecinas del pueblo contiguo, adentrándose en casa de hombres solteros para hacer esas cosas propias de animales en celo, arrastrada por sus pulsiones concupiscentes y tan prohibidas por la Iglesia. El caso es que de Matilde sólo quedó un triste recuerdo de puta fácil del que todos gozaban hablar en *petit comité*, desvelando así, tácitamente, la envidia de no haber podido beneficiarse a tiempo de la lujuria que sus cuerpos blanquecinos anhelaban hasta la extenuación.

Cuando el alcalde y el doctor entraron en casa de Ceniciento, la puerta estaba cerrada con llave. Por muchos intentos que hicieron para que les abriera el portón de madera pintado de minio, porque así decía el propietario que se conservaban mejor los tablones que armaban la entrada, no se escuchó ninguna voz desde el interior que les asegurara de que había alguien dentro y de que estaba vivo. Con mayor insistencia, el alcalde gritó más fuerte por ver si su voz aterciopelada y, para muchos en el pueblo, excesivamente femenina, al igual que todas sus maneras y algún que otro rumor jamás comprobado de que por un efebo era capaz de todo, podía arrancar alguna señal que diera pie a pensar en la presencia de Ceniciento.

Nada, silencio de muerte y quietud siniestra de cementerio. Esta vez, el doctor hizo lo mismo, pero haciendo gala de su masculinidad bien administrada, reflejado en su porte hiriente hasta para los menos sensibles y, con un oscuro y grave timbre de voz mugiente que no desdecía entre los ganados de toros y vacas que se sacaban a pastar por los prados de la zona, alzó de nuevo la voz esperando una respuesta más esperanzadora. Tampoco se oyó señal alguna de que Ceniciento permaneciese en el interior de su humilde morada. Ciertamente, humilde sí que lo era, hasta que se casó con Maruja Casamayor que se dejó la vida y algo más en adecentar esa casucha que disponía de un pedazo de terreno por la parte de atrás y algo por delante, a modo de porche, para tomar el fresco en las calurosas noches de agosto.

La confirmación por parte del alcalde y del doctor de que en casa de Ceniciento pasaba algo malo estaba ya más que dictaminada. Finalmente, con una fuerte patada en la puerta, lograron tener acceso al interior de la vivienda. Allí no parecía haber nadie. La sala principal estaba a oscuras, y las habitaciones vacías. Se adentraron en la alcoba de Ceniciento por ver si allí se encontraba su cuerpo, enfermo, dormido, o muerto. Nada. En aquella casa todo permanecía en un estado de letargo absoluto, como si el tiempo no hubiera pasado. Un olor pestilente lo invadía todo.

—Huele a muerto —dijo el doctor haciendo uso de su saber científico

que le permitía distinguir de qué tipo de hedor se trataba.

Es verdad que el doctor conocía bien el olor de la muerte, no era de extrañar dada su mala fama de matasanos, pues en los años de historia del pueblo, y estamos hablando de siglos, quien se llevaba la palma de fallecidos entre sus manos era precisamente Salvador Malavida que, como paradójicamente explicaba su propio nombre, no era muy especialista en el noble arte de la sanación.

Al instante hubo otra aclaración, pero esta vez por parte del alcalde.

—Viene de ahí, por debajo de la mesa.

Con extremo sigilo avanzaron con lentitud hacia la mesa camilla de la salita del brasero y levantaron los faldones de paño y lana para descubrir una rata muerta, achicharrada en parte por las brasas que aún humeaban, como un torrezno sebo. Las pesquisas referidas al mal olor quedaban concluidas, sin embargo, ni rastro de su buen amigo Ceniciento.

A partir de aquel instante y por orden del alcalde que quiso pregonar su pérdida lanzando por cada calle al pregonero oficial que, con trabuco a la espalda, cuerno de toro en bandolera con el que ir pitando su presencia y reclamando la atención de todos los vecinos desde su bicicleta -tan antigua como las campanas de la iglesia-, fue dando orden de busca y captura de Ceniciento Zamarramala.

En menos que canta un gallo el pueblo se puso en pie de guerra y distribuidos en equipos de tres o cuatro personas se repartieron el plano de la comarca en pos de su búsqueda. Se recorrieron todos los rincones habidos y por haber. Unos se centraron en peinar las calles aledañas a su propia vivienda, otros quisieron adentrarse por las callejuelas y pasadizos menos frecuentados y recónditos, lugares casi todos de los encuentros furtivos de amantes y adúlteros en las noches de luna llena, cuando la lujuria se apoderaba de las almas de los hombres ávidos de placer y otras cosas. Otro grupo se desplegó por los prados y eras de la vecindad, después de haber obtenido el permiso de cada terrateniente que celosamente cuidaba de sus posesiones como si les fuera la vida en ello. Finalmente, un último grupo fue pasando por cada establo, porqueriza y gallinero en un descomunal combate contra el tiempo por encontrar su cuerpo, preferentemente vivo. Por más que se buscó y se buscó por allá y acullá, no hubo forma de hallar su paradero que como alma que se lleva el diablo se había esfumado de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno al que agarrarse para dar con él.

Tres días pasaron sin que hubiera noticia fiable acerca de su término. Se dio orden a las autoridades competentes de la región para que pusieran sus instrumentos y efectivos más preparados al servicio de una labor para la que la mayoría de los vecinos de Villavieja no tenía más explicación que la brujería o la magia negra. Al cuarto día, el alcalde dio por concluido los trabajos de búsqueda de Ceniciento y se encargó su funeral a Don Jacinto que en ese momento estaba en la sacristía, a puerta cerrada con siete llaves, atendiendo íntimamente a una feligresa necesitada de consuelo interior y exterior.

El pueblo entero lloró su muerte y tras un sentido rito exequial, con

cantos y sermón emocionado por parte del párroco, se le dio hueca sepultura. Digo hueca porque en el féretro que se trasladó al campo santo y que luego se colocó bajo tierra, no había cuerpo alguno.

Las plañideras de Villavieja y unas cuantas más que vinieron de los pueblos vecinos acompañaron en todo momento con hipidos y desgarros guturales un terrible tránsito que dejaba a toda la vecindad sin resuello ni explicación ante su misteriosa desaparición. En su tumba colocaron una lápida que fue tallada a toda prisa por Carmelo Ruzafa y que por mismísimo encargo del alcalde y dictado del señor cura, grabó la siguiente inscripción sacada del primer Isaías:

"Oír, oiréis, pero no entenderéis; mirar, miraréis, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado".

La ceremonia del entierro se celebró entre sollozos disimulados y lágrimas de cocodrilo, que con una exagerada puesta en escena, propia de la mejor tragedia griega, las mujeres del pueblo, alentadas por aquellas plañideras mercenarias, dieron el mejor espectáculo que hasta el momento jamás se había visto en Villavieja de Alcaldía, si no se tenía en cuenta el drama lapidario al que años atrás fue expuesta la madre de Maruja Casamayor, cuando se supo de su alumbramiento a escondidas, fruto de la relación mantenida con el todavía párroco del pueblo, quien supo disculparse acusando a su barragana de ser el mismísimo diablo tentador que, so capa de cordero inocente, supo arrancarle de sus piadosos votos de castidad perpetua.

Nadie podía dar crédito a lo inusual de aquel entierro que, tras una fingida pátina de lobreguez y amargura, despidió a su convecino sin prueba alguna concluyente en torno a su desaparición.

A partir de entonces, los rumores sobre su vida empezaron a correr de boca en boca como fuego que se junta con la estopa. El ingenio para unos, y el diablo que sopla para otros, fueron argumentos de fuerza mayor para inventar una historia increíble acerca de su vida, su muerte y, en algunas mentes, de su actual paradero.

Habían pasado ya tres meses de la misteriosa desaparición de Ceniciento y el pueblo no había olvidado todavía los detalles de su vida, especialmente después de que le siguieran dando pábulo todas aquellas mentes calenturientas que en un último intento por explicar su extraña desaparición, inventaron toda serie de misteriosas historias dignas del mejor contador de cuentos.

Aquella mañana, como por arte del destino, se acercó a Villavieja un desvencijado y misterioso carro tirado por un par de mulas pardas. Alertados por el ruido de los cascos de las bestias, el pueblo salió a las puertas para enterarse del origen y pretensiones de aquel forastero. Los foráneos no eran gente que habitualmente se detuvieran en el pueblo, sino fuera porque una parada para el descanso, antes de proseguir la ruta, les obligara a estancar las

ruedas de sus carros en medio de aquella villa poco hospitalaria y nada amiga de acoger a ningún extraño.

Ante la mirada expectante de tanto curioso sin acicalar todavía, a aquellas horas tempranas en las que aún no era tiempo de ir a trabajar, el misterioso visitante se bajó del carro vestido de negro de los pies a la cabeza, tocado de un enorme sombrero de fieltro ajado por el sol, cubriendo parte de su rostro tras un pañuelo a modo de embozo, para dejar al aire dos enormes ojos de intenso y brillante azabache con poco o ninguna expresión vacilante. Parecía estar acostumbrado a ese tipo de bienvenidas hostiles y desconfiadas que Villavieja de Alcaida le brindaba sin ningún tipo de disimulo.

Era un hombre enormemente grande, con cerca de dos metros de altura y unas manos de dedos porrudos y uñas amarillentas sin cutículas, con un desorbitado anillo de oro amarillo que rodeaba el dedo anular de su mano izquierda con una deslumbrante piedra roja tallada e incrustada en el medio.

Dirigiéndose a la primera persona que se le acercó, le preguntó con una voz aguardentosa y quebrada por un lugar para alojarse durante unos cuantos días en la villa. Precisamente fue Ricarda Mantillos, la propietaria del motel, la que le dio razón de una habitación y del precio por noche con derecho a desayuno y, por un poco más, con pensión completa. Aquel caballero sacado de las estampas de Doré que ilustraban los capítulos de la Divina Comedia de Dante, aceptó el ofrecimiento de Ricarda y a pie, con las riendas de las mulas en la mano, guió su carro hacia la zona del establo donde desenganchó a las bestias y las metió para que descansaran y comieran el heno fresco que se almacenaba en el granero contiguo. De momento hubo silencio y gran expectación ante la inoportuna visita que parecía querer romper la rutina del pueblo, hasta entonces sólo distraída por los cientos de historias curiosas e inventadas que en aquellos meses se fueron gestando a la luz de la desaparición de Ceniciento Zamarramala.

Una vez que el visitante de negro se hubo retirado a su habitación, el pueblo, presente en todo momento, se agrupó en un improvisado corrillo junto a su alcalde, proyectando toda clase de averiguaciones sobre su procedencia, destino e intenciones de su visita. Lo primero que se le impuso a Custodio Perpetuo, el alcalde de Villavieja de Alcaida, fue que en nombre de todos fuera a hacerle una visita y averiguara cuál era su nombre y el tiempo que estimaba iba a permanecer en el pueblo.

—¿Y si se trata de un pistolero o un matón a sueldo? —preguntó el alcalde con más miedo en el cuerpo que otra cosa.

El pueblo recurrió a su autoridad para obligarle a desempeñar su cometido que como buen responsable de todos debía ejercer sin dubitación alguna. Con paso decidido se dirigió hacia el motel, seguido de una muchedumbre que no cesaba en sus especulaciones a media voz por hacerse una idea imaginada de la verdad que se ocultaba tras aquel traje negro y botos camperos de cuero remachados en las puntas por dos cuñas metálicas de brillo argento.

A la entrada del caserón se encontraba Ricarda, que con mandil roído y brazos en jarra recibió a su alcalde para darle razón del número de su

habitación en el que momentos antes había entrado el forastero de mirada punzante y despreciativa.

Llamando con los nudillos a la puerta número siete, el alcalde preguntó:

—¿Da usted su permiso? —para no escuchar respuesta alguna que le permitiera el acceso al interior de la habitación.

Nuevamente volvió a llamar, pero esta vez con mayor ahínco y determinación. De un golpe sordo y seco de madera vieja, la puerta se abrió ante sus narices y ahí estaba él.

Desnudo completamente, mostrando sus atributos al aire, pero calzado en sus botos, con el sombrero encajado hasta las cejas y el pañuelo oscuro que seguía cubriendo su rostro, el nuevo visitante le dirigió la palabra con agrio desabrimiento.

—¿Qué desea? —le dijo sin cubrir en ningún momento sus vergüenzas, ante las que el alcalde, cuyo gustos por el mismo sexo eran de todos conocidos, no supo retirar la mirada.

—En nombre de Villavieja de Alcáida, vengo a darle la más calurosa y sincera acogida por su providencial e inesperada llegada —dijo Custodio ruborizado como un adolescente excitado que pretende dominar su testosterona que presintió le estaba jugando una mala pasada.

—Gracias, ¿algo más? —preguntó el caballero de la oculta figura en un tono de pocos amigos.

—Nos preguntábamos por su nombre y el tiempo que piensa pasar entre nosotros, si no le es molestia —le dijo el alcalde con una cadencia que más parecía que se le estaba proponiendo para que se dejara rozar por él que por sonsacarle una información que a él el primero le interesaba sobremano.

—Mi nombre es Caduceo y pretendo estar aquí dos cuartos de luna creciente después de la quinta aurora boreal, y ahora, si me disculpa, estoy ocupado.

Y con aquella última y lapidaria respuesta, le cerró la puerta delante de su aterciopelada figura, sin tiempo para reaccionar y preguntarle por el sentido de sus crípticas palabras. El problema que realmente se le presentaba ahora al alcalde era cómo explicarle al resto del pueblo que, como lince que otea tras su presa esperaba una rauda y eficaz respuesta a sus inquietudes, no tenía más datos que los que su débil y quebradiza memoria había podido retener.

Armado de valor como soldado que se marcha a la guerra, Custodio Perpetuo bajó por aquellas escaleras de madera de casa de lenocinio, y se dirigió dubitativo al encuentro de la muchedumbre que nerviosa empezaba a inquietarse por su tardanza.

—¿Y bien? —preguntó Salvador Malavida con un ojo clínico bien avezado que le puso sobre la pista de que las noticias con las que venía Custodio no iban a ser del agrado de todos.

El alcalde parecía tener claro que no haría descripción alguna de las maneras descubiertas e impúdicas con las que fue recibido en el umbral de la

puerta de la habitación del visitante; nunca se sabía lo que podía dar de sí una persona que, aunque no era del gusto exquisito del alcalde, ante la falta de varones de edad núbil en el pueblo y la comarca colindante, quizás el popular refrán "a falta de pan, buena son tortas" podía convertirse en una máxima que tendría que explotar más a menudo.

—Os puedo decir que se llama Caduceo, y que de su estancia en el pueblo no lo sabe exactamente, pueden ser días, semanas o incluso meses.

Custodio, que conocía de sobra la mente trastornada de más de un vecino del pueblo y de lo que eran capaces al verse invadidos por la ira y la irracionalidad, prefirió no remitir textualmente lo que Caduceo le había dicho.

Solucionada la cuestión, el alcalde invitó a los presentes a que volvieran a sus casas e hicieran vida normal; el tiempo les iría dando nuevos datos acerca del nuevo vecino y entonces, ya se tomarían las medidas oportunas con relación a su comportamiento. Sin embargo, una voz se escuchó por detrás de las primeras cabezas -casi todas mujeres de lengua de doble filo- que pretendió tomar la palabra y dirigirse a los demás. El corro se abrió para dejarle paso y la persona que se acercó hasta el alcalde era Telesforo Retama, el maestro de Villavieja.

—¡Un momento! —exclamó con diferenciada autoridad. Su saber, públicamente reconocido debido a su cargo, le obligó a intervenir para aclarar ante todos el significado del nombre de aquel misterioso y lacónico personaje.

—Caduceo es un nombre de origen griego, en realidad se trata de la insignia del heraldo, más conocida como atributo mágico de Mercurio, mensajero de los Dioses del Olimpo. Mercurio se sirvió del caduceo para adormecer y despertar a los mortales. Atraía a ellos las almas de los fallecidos o las conducía a la morada de los muertos o al infierno; sujetaba los vientos y disipaba las nubes, convertía en oro lo que tocaba y transformaba las tinieblas en luz. Como veis se trataba de una vara de poder que se puede utilizar para bien o para mal.

—¡Tenemos que quitársela!

Esa fue la reacción unánime del pueblo entero después de escuchar el erudito discurso etimológico de Telesforo que, tras oír la reacción de adolescentes mal criados de sus convecinos, los puso a todos sobre aviso de que corrían un terrible peligro si aquel heraldo, o mensajero de quién fuera, llegaba a enterarse de las pretensiones que acariciaban.

Dos días enteros el heraldo estuvo encerrado en su habitación y no salió para nada; ni comió, ni solicitó agua ni supervisó la atención de sus mulas que aguardaban en el establo hasta una próxima misión viajera.

El caso es que todo aquello no era sino elucubraciones de un pueblo que más disfrutaba holgando que entregándose a su trabajo. Hasta el momento no había refrendo de ninguna clase que confirmase que el hombre venido de negro fuera un heraldo y que además tuviera en su poder el caduceo de Mercurio y con pretensiones de utilizarlo en contra del pueblo. ¿Y si en verdad era la persona que Telesforo tuvo a bien explicar? ¿Y si realmente

poseía esa vara con poderes mágicos y los quería usar en contra del pueblo? Por último, una pregunta fue tema obligado de discusión en los diversos corrillos que a partir de aquella improvisada reunión mañanera empezó a propagarse como la espuma: Si finalmente se comprobaba la tenencia de la vara y ésta le era arrebatada, ¿podrían los del pueblo hacer uso de ella en favor de todas sus necesidades?

Ya no hubo más tema de conversación en muchos días. Había que aclarar aquel cúmulo ficticio de cuestiones artificiales y esperar a que su verdadera identidad se mostrase con mayor transparencia.

Cierto día, después de meses desde el artificial entierro de Ceniciento, a las doce del mediodía, el sol empezó a oscurecerse en un cielo despejado y azul, robando la luz del pueblo por unos minutos de eterna angustia. Todo Villavieja salió de sus casas que, ante la sorpresa de aquel extraordinario fenómeno de la naturaleza, no pudo contener ni disfrazar su temor al que no tardaron en buscarle una explicación que, cómo no, apuntaba una vez más hacia el misterioso visitante de sombrero de fieltro negro que desde su llegada al pueblo a penas se le había vuelto a ver públicamente.

En un momento se hizo la noche, los pájaros dejaron de cantar y el molino de agua que recogía el cauce del río que atravesaba la villa se detuvo en seco. Las truchas se apiñaron en ambas márgenes del arroyo quitándose las unas a las otras el poco oxígeno que salían a respirar, abriendo la boca por encima de la superficie. Algunos perros se refugiaron donde encontraron hueco libre, con el rabo entre las patas, y otros, como poseídos de un espíritu maléfico, se encelaron súbitamente buscando perras y hasta gatas con las que poder aparearse en un impulso antinatural que rompía toda norma instintiva marcada por el equilibrio habitual de su raza.

A los gritos de “es el demonio, es el demonio”, el extraño visitante se dirigió a la plaza mayor del pueblo donde se agolpaba una muchedumbre insólita, aterrada ante tales acontecimientos. Vestido de una enorme capa carmesí, desplegada al viento como las velas de un barco pirata, se colocó en medio de aquella masa humana que le hizo sitio esperando obtener de él alguna respuesta que diera consuelo y solución a la angustia que les embargaba el corazón.

En su mano derecha llevaba asido el caduceo, rematado en la empuñadura por una bola plateada, de la que se bifurcaban dos cabezas de serpiente con la boca abierta y mirándose de frente, mientras sus largos cuerpos se enrollaban, entrelazándose entre sí, en forma de “S”, hasta la punta del cayado. El pueblo lo observaba boquiabierto sin poder dar razón alguna a lo que sus ojos contemplaban. Súbitamente, levantó los brazos hacia el cielo y apuntando con el caduceo hacia el sol oscurecido dijo a voz en grito algo que en ese momento no se comprendió y que más tarde, el cura explicaría al resto de vecinos: “¡Epheta!”. Y al instante el cielo se abrió de nuevo y la luz volvió a lucir con su natural resplandor de un día cualquiera a las doce del mediodía.

—Epheta es una palabra aramea que quiere decir: ábrete —empezó diciendo Sandeogracias en su sermón de la primera misa que celebró después de que el cielo se oscureciese como por arte del maligno.

Aquel domingo estaría marcado por la explicación espiritual que el párroco ofreció a todo el pueblo reunido en la iglesia. Hasta los que presumían de ser por linaje ateos, descreídos y comunistas, tuvieron que claudicar de sus ideologías por escuchar una explicación que pareció convencer a todo el mundo.

—El Evangelio de san Marcos dice lo siguiente —empezó diciendo el párroco, al tiempo que tomaba entre sus manos bien cuidadas por no haber trabajado nunca, el libro sagrado que mostró a los fieles, parapetado por la barandilla de hierro forjado que sostenía su frágil cuerpo erguido desde el púlpito de piedra.

Con voz potente, revestida de una asombrosa solemnidad impostada, comenzó a leer el pasaje al que estaba haciendo alusión:

"En aquel tiempo, le llevaron a Jesús un sordo tartamudo y le rogaron que le impusiera sus manos. Jesús lo llevó aparte de la gente, le metió los dedos en los oídos, con su saliva le tocó la lengua, alzó los ojos al cielo, suspiró y le dijo: "¡Epheta!", que quiere decir "¡Ábrete!". Inmediatamente se le abrieron los oídos y se le soltó la atadura de la lengua, de modo que hablaba correctamente. Les encargó que no lo dijeran a nadie; pero cuanto más se lo ordenaba, más lo proclamaban. Y en el colmo de la admiración decían: "Todo lo ha hecho bien, hasta a los sordos hace oír y a los mudos hablar"".

Con aquella lectura y la posterior interpretación de Jacinto Sandeogracias, el pueblo entendió bien que todo había sido obra del demonio, y que aquel extraño visitante no era sino el heraldo de Dios que había venido a exorcizar a aquellas gentes para expulsarlo del pueblo.

Del misterioso caballero de la incógnita identidad, nunca más se supo. Nadie lo volvió a ver, como tampoco supieron de su marcha. Tras de sí quedaba un rastro de azufre que se perdía por los caminos que iban a dar a Villavieja. Entonces se creyó que el demonio había pasado realmente por allí y que el hombre de ojos negros y mirada punzante lo había sacado arrastras del pueblo, esparciendo un reguero siniestro que delataba su huída pavorosa. Ese fue el argumento que durante semanas Jacinto Sandeogracias estuvo utilizando para ilustrar sus sermones dominicales que, con un lleno absoluto, fueron seguidos en la iglesia por parte de todos los vecinos que al llamamiento del alcalde a través de un bando publicado por todas las paredes de las casas de la villa, no dudaron en acudir puntuales.

Cierto día, no mucho tiempo después de aquella consternación que seguía presente en la memoria de Villavieja de Alcaida, alguien dio la voz de alarma de que había visto a Ceniciento Zamarramala paseándose de la mano de Maruja Casamayor, ante la mirada atenta de unos vecinos que no podían dar crédito a aquella inesperada y repentina aparición. Efectivamente, Ceniciento había vuelto al pueblo, seis meses después de su entierro. Había venido a buscar al amor que jamás le había declarado anteriormente a la hija

bastarda y repudiada por todos de Jacinto Sandeogracias, que corriendo un tupido velo se había olvidado de ella desde el mismo día en que nació por cesárea de su madre, la meretriz así conocida por las lenguas viperinas y envenenadas de Villavieja.

Salvo el párroco del pueblo, nadie más sabía de la identidad de su hija, quien había crecido durante años al amparo de unas monjas instaladas en un pequeño monasterio de aire colonial del pueblo vecino. Fue el mismo Sandeogracias quien después de su alumbramiento y tras la violenta lapidación que puso fin a la vida de su madre, la llevó al cobijo de las religiosas, hasta su mayoría de edad. Pocas veces se la había visto por el pueblo, salvo en alguna fiesta con motivo de la celebración del santo patrón de Villavieja. Maruja vivía soltera y virgen en Bellaflor, la villa colindante donde estaba ubicado el cenobio en el que creció y fue educada hasta pocos años después de su pubertad. De su pasado oculto y bien escondido por parte de Jacinto Sandeogracias poco o nada se sabía en Villavieja. Es más, el desentendimiento voluntario y consentido de su padre, hizo que pronto se olvidara de ella, de tal forma y manera que le hubiera resultado imposible reconocerla después de tantos años de ausencia. Sandeogracias sólo tenía un ridículo contacto con la priora del monasterio, a través del diácono permanente de Bellaflor, quien en su nombre le transmitía un ridículo peculio cada tres meses para ayudar a la manutención de su hija natural y así comprar el silencio de las monjas.

Maruja Casamayor era la viva imagen de su difunta madre, una mujer envidiada y perseguida por hombres y mujeres que estuvo locamente enamorada de Jacinto, desde que éste llegó destinado a Villavieja por orden y obediencia de monseñor Matamoros, el obispo ya emérito de la diócesis, que supo confiar en él desde el mismo día de su ordenación sacerdotal. En aquella época, Sandeogracias era un hombre joven, apuesto, de piel morena aceitunada y con una peculiar sensibilidad capaz de encandilar a cualquier mujer que se cruzara con él. Enseguida se creó una formidable clientela de mujeres penitentes que hacían cola por verse a solas con él en confesión. Algunas de ellas, como Mariana Casamayor, la madre de Maruja, acudía dos veces e incluso tres por semana para expiar sus pecados. Era natural que dos almas tan bellas, abriéndose su corazón en profundidad y secreta intimidad, terminasen por caer en las garras de la concupiscencia más lasciva e irresistible. Sin embargo, el miedo a perder su cargo de párroco y la posible excomunión por el pecado cometido le llevó a Jacinto Sandeogracias a querer echar marcha atrás cuando el mal ya estaba hecho.

El día que Mariana le desveló -de rodillas en el reclinatorio de su confesionario y delante de una iglesia llena de feligreses a la espera del comienzo del santo rosario- que estaba preñada de él, creyó que el cielo se le caía sobre su cabeza. Enseguida, Sandeogracias comenzó a urdir una trama con la que poder desasirse de aquella sogá que, como a un condenado, parecía asirse a su cuello para asfixiarlo de muerte. El problema fundamental residía en que a Sandeogracias no sólo le gustaba Mariana, muchas otras doncellas y algunas casadas, también estaban siendo presa de sus encantos

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

